

Steven Millhauser
Martin Dressler
Historia de un soñador americano
Traducción de Marta Alcaraz

Primera edición, 2011

Título original: *Martin Dressler: The Tale of an American Dreamer*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 1996 by Steven Millhauser

© de la traducción, Marta Alcaraz Burgueño, 2011

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U., 2011

Fotografía de cubierta: Emmett Hume

Fotografía del autor: Michael Lionstar

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-92663-45-3

Depósito legal: B. 26.611-2011

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.



Índice

1. Cigarros y tabacos Dressler	11
2. Charley Stratemeyer	17
3. West Brighton	21
4. El hotel Vanderlyn	25
5. La habitación 411	31
6. Una iniciativa empresarial	39
7. La pequeña Alice Bell	49
8. El ascenso	53
9. El Paradise Musée	63
10. Caroline y Emmeline Vernon	73
11. De paseo un domingo por la tarde	83
12. El radiador	87
13. Intimidad	91
14. El octavo día de la semana	103
15. La propuesta del señor Westerhoven	107
16. Negocios y placer	117
17. El cortejo	125
18. La caja de terciopelo azul	135
19. La noche de bodas	137
20. La suerte del Vanderlyn	155
21. Vida nueva	165
22. Rudolf Arling	179
23. Harwinton	191

24. El Dressler	197
25. La quinta silla de la mesa	209
26. El New Dressler	217
27. A la manera de Caroline	231
28. El Grand Cosmo	239

1. Cigarros y tabacos Dressler

Hace tiempo vivió un hombre llamado Martin Dressler. Era hijo de un tendero, y desde sus modestos orígenes logró encumbrarse hasta lo más alto y amasar una fortuna de ensueño. Eso sucedió hacia finales del siglo XIX, cuando por cualquier esquina de América podía doblar un ciudadano de aspecto común y corriente destinado a inventar un nuevo tipo de lata o de tapón de botella, a fundar una cadena de tiendas de ocasión, a vender el ascensor más rápido y más eficiente o a abrir unos fabulosos grandes almacenes de escaparates inmensos, escaparates que no habrían sido posibles sin la invención de un nuevo proceso de fabricación de láminas de vidrio. Aunque Martin Dressler era hijo de un tendero, él también tuvo su sueño. Y tuvo la suerte de hacer lo que pocos se atreven a imaginar: vio cumplido el deseo que anidaba en su corazón. Este, sin embargo, es un privilegio peligroso que despierta los celos de los dioses, siempre atentos a la falla, a la pequeña falla que a la postre lo arruina todo.

Una calurosa mañana del verano de 1881, Martin, que entonces tenía nueve años, estaba al lado del escaparate de la tabaquería de su padre y miraba la calle. Le gustaban los toldos de rayas que daban sombra, los adoquines que brillaban al sol, el caballo de tiro, que, con la testuz gacha, arrastraba el carro del repartidor. Observaba

las contracciones de los músculos de la espalda del caballo, reluciente al sol, y a una dama con plumas verdes en el sombrero que se había parado a mirar el escaparate de una tienda de sedas y pasamanería. Una reluciente boñiga de caballo mojada humeaba al sol. Un coche de caballos apareció al trote; el conductor, que iba dando botes muy derecho, le recordó a Martin a un cubilete. Y mientras observaba el centelleante y cautivador mundo de la calle del que tan solo lo separaba una lámina de vidrio limpiado con esmero, casi se olvidó de por qué estaba de pie al lado del escaparate. En cuanto lo recordó le asaltó la euforia. Esa mañana ya había ayudado a su padre a bajar el toldo verde botella y a sacar a la sombra al viejo Tecumseh. Ahora lo veía en la otra punta del toldo: Tecumseh, bien derecho en la acera, el piel roja de madera que con una mano se protegía los ojos del sol y con la otra sostenía unos puros de madera sobre los que descansaba una caja de tabaco, también de madera. En la penumbra de la tienda marrón, su padre había pasado al otro lado del oscuro mostrador, con sus tarros de cristal llenos de tabaco. Había cogido la llave grande para abrir la caja de caudales de hierro y le había dado permiso a Martin para que colocara el árbol de los puros al lado del escaparate; tenía que irse con ojo para no mover las cajas de puros del aparador.

En busca de un buen lugar para su árbol, Martin empezó a moverse con mucho cuidado por el estrecho escaparate, sorteando las cajas abiertas que dejaban al descubierto las ilustraciones coloreadas que decoraban el interior de la tapa.

El árbol de los puros era una vara de madera montada sobre una base circular. Tenía dieciséis ramas de hilo de cobre retorcido, y del extremo de cada rama colgaba un puro. El árbol era invención de Martin, pero la idea la había sacado del escaparate de unos grandes almacenes que había visto un domingo. Había salido a pasear con su madre, que ese día se ponía su mejor vestido y su sombrero de plumas para recorrer Broadway mirando los escaparates. Cuando iban a Broadway, su madre casi nunca le dejaba cruzar la calle por la que pasaban, escandalosos, los grandes omnibuses rojos o

amarillos tirados por una yunta de caballos. Una vez su madre vio cómo la rueda de un ómnibus arrollaba a un hombre, y otra, a un caballo echado en medio de la calle. Ella se detenía frente a las tiendas de la Sexta Avenida, menos caras, donde en lo alto los pasos elevados se extendían como larguísimos tejados llenos de agujeros por los que se colaba la luz del sol. Pero la fila de tiendas y hoteles de su lado de Broadway, la que quedaba entre las dos plazas umbrías de Union Square y Madison Square, le resultaba a Martin tan familiar como su propia calle. A su madre le gustaba sentarse a la sombra de los árboles en los bancos de madera de Madison Square Park. Desde allí contemplaba los hoteles de siete pisos antes de volver a las habitaciones que quedaban sobre la tabaquería, donde se cambiaba y se ponía su vestido de diario para bajar a la tienda y ordenar las cajas y limpiar el polvo de los frascos de tabaco mientras su padre, sentado, se encorvaba sobre el libro de cuentas. Y fue durante uno de esos paseos dominicales cuando Martin empezó a pensar cómo podría mejorar el escaparate de la tabaquería de su padre. Al principio Otto Dressler desestimó la idea, pues él siempre huía del menor indicio de frivolidad o derroche, pero Martin sabía que podría convencerlo, y lo logró con la fuerza de unos argumentos expuestos con orden y desapasionamiento. Martin se sentía particularmente orgulloso de uno: el incremento en la venta semanal de tan solo un puro de a cinco centavos resultaría en un aumento de dos dólares sesenta centavos en los ingresos por venta anuales, cantidad que, tras descontar la parte del proveedor, bastaría para pagar tres billetes de treinta y cinco centavos del tren de vapor de Prospect Park a Coney Island.

Aunque a Martin le atraía el soleado universo que quedaba al otro lado del escaparate, también le gustaba la pardusca penumbra de la tabaquería, que incluso en verano se alumbraba con apliques de gas. Le gustaban las pulcras hileras de cajas de madera de cedro, con cigarros en ordenadas filas de a veinticinco, cincuenta o cien. En una ocasión, su padre sacó los puros de una caja de cincuenta para enseñarle cómo estaban dispuestos: tres

capas de trece puros cada una, y la capa del fondo, de once, con cuñas de madera que sustituían los dos puros que faltaban. Y todavía le gustaban más las etiquetas a color pegadas al interior de la tapa y en las que había todo tipo de ilustraciones: un piel roja montado a caballo con unos tipis al fondo; un niño y su perro al lado de una charca; una egipcia con los pechos al aire y un brazalete de oro en el brazo, sentada en un barquito blanco, rozando lirios de agua con los dedos; un reluciente tren negro que echaba humo también negro. Le gustaban los nombres de las marcas de tabaco de fumar y de mascar: Bull Durham, Lone Jack, Winesap, Diadem of Old Virginia, Daniel Webster. Le gustaban las pipas de madera de brezo, oscuras y relucientes en sus estuches de terciopelo; las de cerezo, con la corteza de la madera; las altas pipas alsacianas, con sus brillantes cazoletas de porcelana y sus tapas de plata; las de espuma de mar, con sus grandes cazoletas con caras talladas. Y también estaban las cajas de tabaco de mascar —de cuerda y prensado—, los pomos de vidrio llenos de tabaco de pipa de olor dulce, el encendedor de puros del mostrador, con su globo en forma de tulipa, y los dos quemadores de alcohol sobre los que el cliente podía inclinarse para encenderse el cigarro. Su padre había abierto su primera tabaquería en Kleindeutschland, en un callejón que daba a la calle Forsyth, en dos habitaciones que quedaban sobre un taller de marcos. Otto Dressler había trabajado en su casa, usando su propia tabla y su propio cuchillo para cortar sobre el banco las hojas de tabaco que le preparaban los despalladores y que le llegaban a la tienda en bloques de cincuenta. Le había enseñado a Martin el arte de torcer: debías sujetar la capa con cuidado para evitar que se rasgara, envolver el capote y la tripa tratando de disimular los agujeros y, con las dos manos, darle forma al cigarro.

Martin era capaz de torcer unos cigarros bastante buenos, arte del que había hecho algunas demostraciones ante clientes asombrados. Aquellas exhibiciones despertaban en su padre tanta admiración como rechazo: aunque la ejecución era correcta, le

parecían demasiado teatrales. Pero Martin sabía que, como ayudante en la tabaquería, se había ganado el respeto de su padre. Los clientes a los que tanta gracia les hacía ese chico tan bien educado de detrás del mostrador no tardaron en quedar admirados de la profundidad de sus conocimientos sobre los cigarros, las pipas y el tabaco. Y Martin tenía un don que dejaba a todos asombrados: era capaz de detectar la personalidad del cliente y hacerle recomendaciones sensatas y acertadas. Era una especie de atracción en la tienda, y él lo sabía; les caía bien a los hombres, que, aunque divertidos y ligeramente incómodos por confiar en el hijo pequeño de Otto Dressler, se fiaban de sus opiniones.

Con todo, mientras colocaba una de las ramas de alambre en el escaparate, Martin no tuvo más remedio que admitir que en la penumbra pardusca de la tabaquería a veces le asaltaban ideas que debía ocultar cuidadosamente; ideas que su padre, con sus pesados hombros y su poblado bigote castaño, habría considerado descabelladas. El árbol de los puros mismo era una versión muy discreta de la idea original de Martin, una idea que, y eso lo sabía, le convenía mantener en secreto: él había imaginado un escaparate lleno de elegantes muñecas francesas, todas fumándose un puro. Cuando su padre se enfadaba nunca gritaba, sino que parecía endurecerse como si tratara de contener una explosión, y la voz se le volvía débil y dura; y cuando se enojaba con la madre de Martin, a veces le pedía que bajara la voz, que se controlara, que se tranquilizara. La tienda abría seis días a la semana, de siete de la mañana a nueve de la noche. Como Martin, su madre también ayudaba, pero en el saloncito que quedaba en la trastienda había un piano vertical con una banqueta de madera oscura cubierta de brocado color granate, y de vez en cuando se sentaba a tocar *Para Elisa*, y entonces la invadía un aire soñador: al terminar una frase levantaba la mano con un ademán extraño y elegante, y la dejaba suspendida en el aire durante unos instantes antes de dejar que volviera a posarse

sobre las teclas amarillentas. Su madre le había dicho que de niña, en Darmstadt, había tocado el piano, y que cuando se casó con Otto Dressler él le juró que tendría uno: cuando vivían en el antiguo barrio, Otto se empeñó en alquilar uno por semanas aunque a veces no tuvieran más que pan negro para la cena. A Martin le gustaba escuchar a su madre contar esa historia, porque se daba cuenta de que, a su manera, su serio padre también tenía su lado pródigo.

Le dio el último toque a una rama de alambre, movió un poco el árbol hacia atrás para que quedara hacia el fondo, entre dos cajas de cigarros abiertas, y bajó del escaparate. Entonces abrió la puerta y salió afuera, debajo del toldo. El viejo Tecumseh seguía de pie en la acera, protegiéndose los ojos y con la vista clavada en la calle. Martin advirtió al instante que el árbol del escaparate estaba mal: se veía raro, larguirucho, casi ni parecía un árbol. Transmitía una sensación de pobreza y fracaso. Era feo y ridículo. Y, de todos modos, ni siquiera era lo que él había querido. Empezaron a escocerle los ojos, ardía de rabia y decepción, y en el escaparate oscuro vio su cara: pensativa, serena incluso, nada que ver con el ardor de su pecho. La visión de su rostro lo calmó. Sintió unos instantes de rabia por su padre y luego se sosegó por completo. Se sentía tranquilo y lúcido y sabio y viejo. Era viejo, viejo y tranquilo, tan tranquilo y tan viejo como el viejo Tecumseh al lado de la puerta.

2. Charley Stratemeyer

El primer éxito de Martin en una iniciativa empresarial no se hizo esperar. Charley Stratemeyer, uno de los recepcionistas del turno de día del hotel Vanderlyn, gustaba de unos Panatella especiales, de lujo, que no podía comprar en el puesto de tabacos del vestíbulo del hotel. Desde hacía unos meses, se acercaba a Cigarros y Tabacos Dressler durante su hora para el almuerzo y charlaba con Martin antes de ir a un restaurantito que conocía en la Séptima Avenida. Martin, que sentía aprecio por ese gracioso jovencito de ojos tristes y había quedado impresionado por algo que le había dicho Charley, le dio vueltas al asunto hasta que, al final, decidió hacerle una propuesta. Antes de llegar a la Séptima Avenida, le dijo a Charley, tenía que ir del Vanderlyn a la tabaquería, dar media vuelta y volver a pasar por el Vanderlyn perdiendo unos minutos preciosos de su hora del almuerzo; pero si Martin le llevaba el cigarro al Vanderlyn todos los días, Charley ahorraría tiempo en su trayecto al restaurante. A cambio, solo quería una cosa: como el puesto de tabacos del vestíbulo del hotel no satisfacía a Charley, tampoco debía de satisfacer a los clientes del hotel, así que le pidió a Charley que le hiciera buena prensa a Cigarros y Tabacos Dressler. Al oírlo, Charley se echó a reír y le dio a Martin unas palmaditas en la espalda mientras lo llamaba diablillo astuto.